



SERMONES
QUE ILUMINAN



SERMONES DE
*Adviento y
Navidad 2021*

Una ofrenda de los
Sermones que Iluminan

LA IGLESIA *Episcopal* 

Adviento 2021

Querido lector:

Gracias por descargar “Sermones de Adviento y Navidad”, una colección de materiales preparados por algunos de los mejores predicadores de toda la Iglesia Episcopal.

Sermones que iluminan, un ministerio de la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, ha proporcionado sermones, estudios bíblicos e insertos para boletines gratuitos y de alta calidad desde 1995. Cada semana, es un placer para nosotros obtener, revisar y publicar estos escritos; esperamos que sean edificantes al escuchar, leer, marcar, aprender y digerir internamente éstas y sus correspondientes escrituras.

En el “Oratorio de Navidad” de Johann Sebastián Bach, encontrará una melodía inquietante que parece algo fuera de lugar en la pieza majestuosa y fascinante. El texto del siglo XVII, originalmente escrito en alemán por Paul Gerhardt, se dirige directamente a nuestro Señor, diciendo:

“¿Cómo te encontraré adecuadamente,
y te daré la debida bienvenida?
Las naciones anhelan saludarte,
y yo también te saludaría.
Oh Fuente de luz, brilla intensamente
sobre mi corazón oscurecido;
para que pueda servirte correctamente,
y conocerte como eres”.

La melodía, que quizás ya conozca o que ya haya discernido por el patrón de la letra, se volverá a cantar en unos meses, comenzando con la frase, “Oh sagrada cabeza, dolorida herida”. ¿Qué pensamos de esto?

Brevemente, sugeriría dos cosas. Primero, el recordatorio de que el Señor a quien encontramos en Belén, acosado entre los animales en el frescor de la noche, es el mismo Señor que crecerá, enseñará y sanará y, eventualmente, se entregará a la humillación y a la muerte por amor nuestro, - que este simple hilo dorado de amor caracteriza toda la vida de Aquel a quien saludamos nuevamente esta temporada. Y en segundo lugar, debemos dedicarnos a nuestro trabajo: preparándonos a nosotros mismos y a este mundo hermoso y quebrantado para encontrarnos con él. Además, hemos de esperar que nos encontraremos con él, acercándonos cada vez más hasta que lo veamos como realmente es. ¡Qué misión! ¡Qué alegría!

En nombre de Sermones que iluminan y de la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, les deseo un bendito Adviento y una feliz Navidad.

Su hermano en Cristo,

Christopher Sikkema
La Iglesia Episcopal

Primer Domingo de Adviento

COLECTA

Dios todopoderoso, danos gracia para despojarnos de las obras de las tinieblas y revestirnos con las armas de la luz, ahora en esta vida mortal, en la cual Jesucristo tu Hijo, con gran humildad, vino a visitarnos; a fin de que en el día postrero, cuando vuelva con majestad gloriosa a juzgar a vivos y muertos, resucitemos a la vida inmortal; mediante él, quien vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

JERMÍAS 33:14-16; SALMO 25:1-9; I TESALONICENSES 3:9-13;
SAN LUCAS 21:25-36

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Escrito por el Rvdo. Israel Alexánder Portilla Gómez

Hoy, con el primer domingo de adviento, damos inicio a un nuevo año litúrgico en nuestra Iglesia y en casi todas nuestras hermanas iglesias históricas. ¿Qué significado tiene este tiempo que antecede a la Navidad?

La palabra adviento proviene del latín y significa “Venida del Redentor”. Está comprendido por cuatro domingos, cuyas lecturas nos van a preparar, en actitud espera, arrepentimiento, perdón y oración, para el nacimiento de Nuestro Salvador y Señor Jesús. Si ponemos especial atención, nos vamos a dar cuenta del gran simbolismo con el que inicia, empezando por el cambio de color de los ornamentos litúrgicos, de los cuales en tres domingos dominará el color morado y, en el otro, el rosado; notaremos los mismos colores en las cuatro velas de la corona de adviento -en ocasiones se agrega una blanca en el centro para el día de Navidad-. A lo anterior, se unen las luces que ya adornan toda la Iglesia.

Ahora bien, veamos cómo nos preparamos en este tiempo, de casi un mes, para la “Venida del Redentor”. La guía la encontramos en las lecturas de hoy.

En el Salmo 25, versículo 4, vemos la petición del salmista a Dios en actitud de oración: “Encamíname en tu verdad, y enséñame; porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día”. Podrían surgir algunas

preguntas en nuestro interior, por ejemplo: ¿Cómo es posible seguir el camino y ser ins-truido en la verdad del Señor? ¿Cómo encontrar las respuestas que hemos esperado todo el día o toda la vida? Y tal vez no sólo eso, sino ¿Cómo podríamos vivir en la verdad de Dios y sentir la salvación? Sin duda alguna, con Jesús encontramos respuestas a nuestras preguntas más inquietantes, a éstas y muchí-simas otras; preguntas sobre las cuáles podemos pasar toda nuestra vida respondiendo y viviendo la ex-periencia de la respuesta. Las preguntas y las respuestas no están acabadas y limitadas; cada día podríamos volver sobre ellas, por años y generaciones.

Tras esta reflexión, dirijamos ahora nuestra atención en lo que Jesús nos dice en dos pasajes específicos del Evangelio de Lucas que escuchamos en este día. El primero señala: “Tengan cuidado y no dejen que sus corazones se hagan insensibles por los vicios, las borracheras y las preocupaciones de esta vida”. Y es que cuando el corazón se vuelve insensible, es como si perdiéramos la capacidad de sentir la presencia de Dios a través de las diversas manifestaciones que Él hace a todo momento y en cada detalle, comen-zando por el mayor milagro que experimentamos: la vida. Hemos escuchado decir que “cada día es un día menos de vida y un día más cerca de la muerte”; ¿qué decir de esto? Si perdemos la sensibilidad no podremos descubrir la presencia de Dios en los pequeños detalles cotidianos: una suave brisa, el movi-miento de las nubes, las sonrisas diarias y tantos acontecimientos con los que nos encontramos a diario. Ser sensible es tener nuestro corazón y mente en actitud atenta y agradecida ante las innumerables mani-festaciones simples y aparentemente imperceptibles.

En el segundo pasaje Jesús nos dice: “Estén ustedes preparados, orando en todo tiempo”. Ésta es la respuesta central en nuestra vida, como cristianos, para siempre tener el corazón sensible a la voz de Dios. Parece una solución sencilla. Sin embargo, también nos pueden asaltar dudas acerca de lo que realmente es orar. Podemos resumir la oración como una conversación con Dios, específicamente con la Persona de Jesús. Como toda conversación, hay algunos elementos clave a tener en cuenta.

En primer lugar, necesitamos tiempo para hablar. En ocasiones, podemos sentirnos abrumados u ocu-pados, y nos decirnos a nosotros mismos: “no tengo tiempo”. En realidad ¿no lo hay? Cuando esta-mos cansados es necesario pausar, cuando estamos preocupados es necesario pausar, cuando estamos molestos, agobiados, tristes, en cada momento que pareciera que el estrés nos quita la paz, es necesario pausar. Pues, cuando hagamos esas pausas, oremos, hablemos con Jesús. Notaremos inmediatamente que sí tenemos tiempo; más de lo que podríamos imaginar. Nos dice el Evangelio: “orando todo el tiempo”.

Una historia, con respecto a Martín Lutero, dice que una vez le preguntaron sobre qué haría el día siguiente, a lo que contestó: “Trabajo, trabajo de sol a sol. En verdad tengo tanto que hacer, que pa-saré las primeras tres horas en oración”.

En segundo lugar, para conversar, debemos tener una actitud de escucha y, para ello, el silencio interior y exterior es necesario para una genuina conversación. No olvidemos que Dios nos habla a través de su Palabra, en la vivencia comunitaria de la fe con nuestras hermanas y hermanos, participando como bauti-zados en la máxima expresión de oración: la Santa Eucaristía, la acción de gracias.

En tercer lugar, es necesario abrir nuestro corazón. Tal y como somos podemos pedir, agradecer, quejar-nos, llorar; probablemente, en algunos momentos no tendremos las palabras, pero no debemos preo-cuparnos por ello, nuestro ser también habla a través de nuestros sentimientos y emociones, y Dios los entiende, los siente incluso más allá de nuestras limitadas perspectivas. Él nos creó y conoce nuestras entrañas.

Por último, es menester continuar alimentando y profundizando nuestra relación con el Señor, incluso, en nuestros peores momentos; en ellos también podemos ver sus bendiciones y su presencia amorosa que nunca se aleja, porque, en definitiva, se trata de una relación de amor.

Finalmente, si es posible, cada uno de nosotros podría disponer de una corona de adviento en casa. De esta manera ayudaríamos a generar un ambiente propicio para prepararnos espiritualmente en este tiempo de espera, arrepentimiento, perdón y oración, con los signos que nos propone la Iglesia, y crearemos un espacio de recogimiento para disfrutar, en soledad o en familia, al ir encendiendo las velas, viendo cómo se disipan, poco a poco, cada semana, las tinieblas, y contemplar la luz que Jesús encarnado trae con su nacimiento para iluminarlo todo.

El Rvdo. Israel Alexander Portilla Gómez es sacerdote en la Misión San Juan Evangelista, Diócesis de Colombia, donde ha ejercido el ministerio desde diciembre de 2016.

Segundo Domingo de Adviento

COLECTA

Dios de misericordia, que enviaste a tus mensajeros, los profetas, a predicar el arrepentimiento y preparar el camino de nuestra salvación: Danos gracia para atender sus advertencias y abandonar nuestros pecados, a fin de que recibamos gozosamente la venida de Jesucristo nuestro Redentor; que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

BARUC 5:1-9 OR MALAQUÍAS 3:1-4; CÁNTICO 9;
FILIPENSES 1:3-11; SAN LUCAS 3:1-6

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Escrito por la Rvda. Loida Sardiñas Iglesias

Estamos en el segundo domingo de Adviento, un tiempo de preparación y espera de la venida de Cristo. Así como una familia se prepara con ansias y hace todos los arreglos necesarios para esperar la llegada de un bebé que pronto nacerá, el Evangelio nos prepara para anhelar al Redentor del mundo. Y, como en toda preparación festiva, hay alegría, cánticos, bendiciones, acciones de gracias, memoria de las promesas de Dios en la historia de la salvación y, sobre todo, esperanza en las obras que Dios realizará a través de su amado Hijo. Con el profeta Baruc, se nos invita a ponernos de pie y marchar con seguridad, despojarnos del luto y la tristeza, vestirnos con las ropas festivas de la gloria de Dios y envolvernos en el manto de su justicia, “porque él guiará a Israel con alegría, a la luz de su gloria, y le mostrará su amor y su justicia”.

Por su parte, la familia judía de María y José de Nazareth, comparten la ilusión del hijo por llegar con su prima Elizabet y su esposo, el sacerdote Zacarías. Éstos vivían en una ciudad cercana a Jerusalén y, siendo ya de edad avanzada, no habían logrado tener descendencia a causa de su esterilidad. Pero también -nos narra el evangelista Lucas- ellos tienen una gran noticia que comunicar: esperan el nacimiento de un hijo, tal como les había anunciado el ángel Gabriel. Su hijo, que nacerá con unos seis meses de diferencia de Jesús, será llamado Juan, hijo de Zacarías, y reconocido en su adultez como “Juan el

Bautista”. Por ello es grande la alegría de Zacarías, quien se une al ambiente festivo del evangelio lucano con un cántico de bendición: Dios es bendito porque visita y redime a su pueblo; porque ha levantado a un Salvador, el cual nos liberará de los enemigos; este Salvador va a encarnar la misericordia de Dios y a realizar sus promesas; él traerá luz a los que viven en la más profunda oscuridad y guiará nuestros pasos por caminos de paz.

Pero no sólo hay alegría y expectación: también hay mucho por hacer. Toda llegada de un nuevo bebé a nuestras familias exige cambios y sacrificios. Se requiere arreglar la casa, desempolvar y limpiar, quizá renovar la habitación donde el pequeño será acogido, como exigencias mínimas de la espera. Asimismo, la venida de Cristo nos exige un permanente cambio y conversión de vida para poder acoger al Señor que viene a habitar en nuestros corazones. Son tareas de preparación y transformación para “enderezar lo torcido” y “alisar el camino”. Muchas veces los profetas de Israel asumieron esa voz de incómodo llamado a la transformación y conversión y, por eso, fueron rechazados y repudiados más de una vez. ¿No nos gusta que nos recuerden lo que tenemos que hacer, mucho menos si nos hacen caer en cuenta nuestros errores, falencias y pecados! Y ese papel lo asumió Juan, el protagonista de este segundo domingo de Adviento, llamado también el precursor que prepara el camino para el ministerio público de Jesús. ¿Qué sabemos de Juan?

El evangelista inicia este tercer capítulo dándonos una clase de historia en la que pone de trasfondo el reinado del emperador Tiberio, de los gobernadores y sumos sacerdotes, lo que nos ayuda a ubicar los acontecimientos alrededor del año 29 d.C. Nos preguntamos, ¿qué pretende Lucas con esto? El evangelista quiere afirmar que toda la actuación de Dios ocurre dentro de la historia humana; que lo que sucede en el mundo y en las sociedades - ¡aún lo relativo a los gobernantes! - no escapa al conocimiento de Dios; que la historia humana es “historia de la salvación”. Por otra parte, implica que el acontecimiento Jesús no es un mito, ni una narrativa de personas crédulas, sino que verdaderamente tuvo lugar en un tiempo y lugar determinado de la historia. Flavio Josefo también apuntala esta mirada histórica al escribir lo que sucedería en la vida de Juan. Escribe este historiador judeo-romano: “Algunos judíos pensaron (...) que el rey Herodes había sido justamente castigado por la ejecución de Juan, llamado ‘el Bautista’ (...) hombre bueno que exhortaba a los judíos a llevar una vida honrada, tratándose con justicia unos a otros, sometiéndose religiosamente a Dios y participando en un bautismo.” (Antigüedades judías, XVIII, 5.2). Como narra Lucas: “Juan pasó por todos los lugares junto al río Jordán, diciendo a la gente que ellos debían volverse a Dios y ser bautizados, para que Dios les perdonara sus pecados”.

El Evangelio también nos dice que este profeta y “hombre bueno” fue receptáculo de la revelación de Dios, pues “vino palabra de Dios a Juan”, o como traducen otras versiones, “Dios habló a Juan”. Esa palabra dada por Dios indica que la predicación de Juan el Bautista inaugura un nuevo acontecer de Dios en la historia, en Cristo, pero no de manera aislada: Juan es el puente que une el Primer Testamento con el Evangelio, o “Buena noticia”, predicada por Jesús.

Juan escuchó la voz de Dios, en otras palabras, fue sensible a lo que pasaba en su tiempo. Tuvo la sabiduría de identificar la perversión de los sacerdotes del templo plegados al poder imperial, el rigorismo insensible de los maestros de la ley, la exclusión de los pobres, la injusticia, el olvido de Dios y del hermano y hermana. Por eso, llama a volverse a la fe primigenia y más básica, y predica la conversión, el cambio de prioridades, la novedad de vida en Dios.

Nuestro tiempo repite las oscuridades, la frivolidad y el sinsentido de la época de Juan el Bautista. El profeta nos invita a discernir hacia donde apunta el plan de Dios para esta humanidad y a buscar su justicia para un nuevo Kairós, un nuevo tiempo del advenimiento de Dios. Haciendo eco del gran profeta Isaías, Juan es esa “voz que clama en el desierto”, que nos anuncia la fiesta de la salvación en Jesucristo, pero no sin antes pasar por un bautismo de arrepentimiento, no de palabras de cumplimiento formal de preceptos, sino de hechos concretos; nos llama a rectificar el camino de la injusticia cometida, a enderezar las sendas en las que nos hemos deshumanizado y olvidado del desvalido.

Hagamos en este domingo una renovación de nuestros votos bautismales en nuestros corazones, para prepararnos para la fiesta de la venida de Dios, con el compromiso de mejorar nuestras relaciones familiares, vecinales, laborales; de hacer el bien al necesitado, al pobre y al habitante de la calle; y de reconciliarnos con la creación a la que hemos lastimado. Reafirmemos nuestra renuncia al mal y renovemos nuestra entrega a Jesucristo, suplicándole:

¡Ven Señor Jesús!, sácanos de la oscuridad de la indiferencia;
¡Ven Señor Jesús!, muévenos a hacer tu justicia;
¡Ven Señor Jesús!, haz que nuestros corazones, mentes y actos,
se conviertan a ti. Amén

La Rev. Ph.D. Loida Sardiñas Iglesias es Presbítera de la Iglesia Episcopal Anglicana, Diócesis de Colombia, donde ejerce su ministerio en la Misión San Juan Evangelista. Es profesora de la Pontificia Universidad Javeriana en Colombia. Sus áreas de interés son Teología Sistemática, Ecumenismo y Ética.

Tercer Domingo de Adviento

COLECTA

Suscita tu poder, oh Señor, y con gran potencia ven a nosotros; ya que estamos impedidos penosamente por nuestros pecados, haz que tu abundante gracia y misericordia nos ayuden y libren prontamente; por Jesucristo nuestro Señor, a quien contigo y el Espíritu Santo, sea el honor y la gloria, ahora y por siempre. Amén.

SOFONÍAS 3:14-20; CÁNTICO 2; FILIPENSES 4:4-7;
SAN LUCAS 3:7-18

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Escrito por el Rvdo. Dr. John J. Lynch

El Tercer Domingo de Adviento se distingue por sus tonos contrastantes; en medio de la época de penitencia y preparación, se proclaman los anuncios de gozo y alegría. Incluso, en muchos lugares, este día se abandonan los colores lúgubres -azul y morado oscuros- y se visten los templos y los ministros de adornos rosados. En medio de la penitencia brota la alegría, como una flor en medio del desierto, para usar una imagen bíblica. Esta tensión o contraste, entre el gozo y la penitencia, también se vive a través de las lecturas bíblicas asignadas en el leccionario para el día de hoy.

En la primera lectura escuchamos al profeta Sofonías quien, sin duda, imparte un mensaje gozoso. El texto es un oráculo inspirado del Señor y posee una forma poética en dos partes. La primera parte es el anuncio del profeta que proclama una celebración alegre: “*¡Canta, ciudad de Sion! ¡Da voces de alegría, oh pueblo de Israel! ¡Alégrate, Jerusalén, alégrate de todo corazón!*” ¿Por qué Sofonías incita sus oyentes a alegrarse tanto? Es porque “*el Señor ha retirado la sentencia contra ti*” y porque, como el profeta insiste dos veces, “*El Señor, el Rey de Israel, está en medio de ti*”. Puesto en otras palabras, los que confían en Dios deben alegrarse porque Dios les ha perdonado sus pecados y ahora habita en

medio de ellos y estará contento con ellos. La fiesta de Sofonías tiene el motivo de la renovación de la vida del pueblo de Israel.

La segunda parte del oráculo es un mensaje atribuido directamente al Señor: “*Yo te libraré entonces del mal que te amenace, de la vergüenza que pese sobre ti*”. Dios promete liberar y ayudar a su pueblo, cuidándolo y defendiéndolo. Promete cambiar la suerte de Sion y convertir sus penas en alegrías. El mensaje del Señor a Sofonías es la gozosa proclamación de nueva vida para un pueblo desconsolado por el pecado y por la opresión de sus enemigos.

El Primer Cántico de Isaías revela un mensaje muy similar al de Sofonías. Se trata de un mensaje que celebra la salvación que el Señor realizará del pueblo que confía en él y que alaba al Dios que habita en Jerusalén: “*Sacarán ustedes aguas con júbilo de las fuentes de salvación... Vitoreen, habitantes de Sion, con gritos júbilo, porque grande es medio de ti el Santo de Israel*”. La alegría del profeta desborda en alabanza porque el Señor está presente para rescatar y consolar a Israel. Se trata de un mensaje apropiado para la época de Adviento, cuando nuestra alegría se aumenta en la medida en que se acerca la Navidad, la celebración del nacimiento del Verbo encarnado, del Dios que vive en medio de sus fieles.

Nuestra epístola, una selección del cuarto capítulo de la carta a los Filipenses, es el texto bíblico históricamente más ligado al Tercer Domingo de Adviento: “*¡Alégrense siempre en el Señor! Repito: ¡Alégrense!*” De hecho, el nombre *Gaudete* que se usa para identificar este domingo en el calendario litúrgico, viene de la primera palabra de la traducción al latín de esta lectura. ¿Con qué motivo el Apóstol Pablo nos exhorta a la alegría? Su respuesta es clara y contundente: “*¡El Señor está cerca!*”. El Señor está cerca, y eso nos debería alegrar y calmar nuestros miedos y preocupaciones. ¿Existen razones porqué preocuparse? Sí, pero el amor y la paz de Dios las superan a todas. “*Así Dios les dará su paz, que es más grande de lo que el hombre puede entender*”. Los fieles podemos -debemos- alegrarnos porque Dios, en Cristo, nos ofrece la paz y el perdón.

Hasta este punto, todas las lecturas bíblicas del día parecen cantar de la misma partitura, la del gozo por las promesas el Señor, por la paz, la confianza y el perdón. Sin embargo, el texto del Evangelio según San Lucas presenta un contraste marcado de ese tono tan gozoso. En efecto, Lucas describe el ministerio y la proclamación de San Juan Bautista, cuya tarjeta de presentación es nada menos que la invectiva: “¡Raza de víboras! ¿Quién les ha dicho a ustedes que van a librarse del terrible castigo que se acerca?”. Juan anuncia el juicio de Dios y el castigo correspondiente a los pecadores. Insiste en que hay que cambiar muchas actitudes y arrancar otras de raíz.

A primera vista da la impresión de ser el mensaje contrario a las lecturas anteriores: proclama el arrepentimiento y la conversión en lugar de los cantos de alegría, y los miembros del pueblo de Israel parecen estar bajo el mismo juicio que los impíos y los opresores que el Señor promete castigar en la profecía de Sofonías: “No vayan decir entre ustedes: “¡Nosotros somos descendiente de Abraham!”; porque les aseguro que incluso a estas piedras Dios puede convertirlas en descendientes de Abraham. Además, el hacha ya está lista para cortar los árboles de raíz. Todo árbol que no da buen fruto, se corta y se echa al fuego.”. Según Juan el Bautista, pertenecer al pueblo santo y ser descendiente de Abraham, no son asuntos hereditarios o nacionalistas; y el juicio de Dios será parejo y será para todos.

El vínculo entre el mensaje de Juan y las otras lecturas, entre el anuncio del castigo y los cantos de júbilo, se encuentra en la inesperada reacción de la gente que escuchaba la prédica del Bautista: “La gente estaba en gran expectativa, y se preguntaba si tal vez Juan sería el Mesías”; la gente se emocionó con las denuncias de Juan y comenzó a esperar la venida del que les bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego, pues “De este modo, y con otros muchos consejos, Juan anunciaba la buena noticia a la gente”. Así que, al final de lectura, descubrimos que la proclamación del castigo y del juicio se ha convertido en las buenas nuevas del prometido Mesías.

Nosotros, al llegar casi al final del Adviento, también debemos estar con mucha expectativa. La proclamación del reino de Dios y la denuncia del pecado y la opresión, deberán inspirarnos a prepararnos

cuidadosamente para las celebraciones navideñas y esperar con gozo la venida de Nuestro Señor Jesucristo y la salvación de nuestras almas; o, en las palabras de la colecta del día: “*Suscita tu poder, oh Señor, y con gran potencia ven a nosotros... [y] haz que tu abundante gracias y misericordia nos ayuden y libren prontamente*”. Amén.

El Rvdo. Dr. John J. Lynch es un sacerdote, autor y educador, que ha servido en las diócesis episcopales de Honduras, el Sur de Virginia y Rhode Island. Actualmente sirve como director en el Instituto Ecuménico del Ministerio Hispano y el Cura párroco de la Iglesia Episcopal San Jorge en la ciudad de Central Falls, Rhode Island.

Cuarto Domingo de Adviento

COLECTA

Dios todopoderoso, te suplicamos que purifiques nuestra conciencia con tu visitación diaria, para que, cuando venga tu Hijo Jesucristo, encuentre en nosotros la mansión que le ha sido preparada; quien vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

MIQUEAS 5:2-5A; CÁNTICO 8 O SALMO 80:1-7;
HEBREOS 10:5-10; SAN LUCAS 1:39-45, (46-55)

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

Escrito por el Rvdo. Ricardo Antonio Betancur Ortiz

“Él traerá la Paz”

Iniciamos este domingo la recta final del tiempo de Adviento, que llegará a su final el 24 de diciembre, con la celebración de la tradicional Noche Buena, en las vísperas de la Solemnidad de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Es el momento de recoger los frutos de esta importante Estación Litúrgica, centrando nuestra atención en el mensaje que nos ha venido llevando a la reflexión durante las últimas tres semanas. El Adviento, aunque cargado de esperanza gozosa que nos conduce a la celebración de la Navidad, tiene un profundo significado escatológico que nos invita a pensar en la misión a la que hemos sido llamados y para la cual hemos sido escogidos por Dios desde la eternidad.

Cada vez que celebramos la Santa Eucaristía y proclamamos con voz fuerte, después de las palabras de Consagración de la Plegaria Eucarística A: “Cristo ha muerto, Cristo ha resucitado, Cristo volverá” -o con palabras similares al emplear alguna de las otras fórmulas litúrgicas-, esa proclamación tan especial-mente apropiada para el Adviento, se nos invita a una profunda comprensión sobre esos acontecimientos tan gozosos, pero a la vez tan comprometedores para nuestra fe y nuestra manera de vivir.

En efecto, Jesús prometió estar siempre con nosotros a través del Espíritu Santo, de ahí que, en la Oración Colecta de este día, pedimos a Dios que “purifique nuestra conciencia con su visitación diaria”. El Señor prometió regresar glorioso y vestido de fuerza y de majestad; ya no en la fragilidad de un niño, sino en la majestad de un Rey que pastorea a su pueblo, lo defiende y al que trae la Paz definitiva. El señor vendrá con poder, nos lo manifiesta el Salmo 80 que leemos hoy en la liturgia; nuestras penas, tristezas y angustias desaparecerán para siempre porque habrá un cielo nuevo y una tierra nueva; ésta es la promesa de Jesús y sabemos que Él no miente.

Lamentablemente estas esperanzas sobrenaturales, trascendentes, que desbordan nuestra pobre realidad humana, son cada vez menos consideradas por los eruditos de nuestro tiempo; existe una tendencia a pensar que ese Rey de gloria, no es más que una figura literaria o un personaje de fantasía que brota de la religiosidad popular; incluso, se acusa a los creyentes de profesar una fe infantil por esperar la realización de las promesas salvíficas.

La pregunta, para quienes consideran una fantasía el regreso glorioso del Señor, sería entonces: ¿cómo dar razón de la esperanza, si ésta está puesta únicamente en las escasas fuerzas humanas para vencer? Sólo Dios puede salvarnos del mal que existe en el mundo, únicamente bajo la inspiración de su Santo Espíritu y guiados por el mensaje salvador del Evangelio, podemos encontrar las respuestas necesarias para todas las situaciones difíciles e inexplicables por las que el mundo ha atravesado y sigue atravesando.

La restauración de la Creación entera sólo es posible bajo el reinado absoluto de Dios y es nuestro deber, como cristianos, buscar la justicia social y la felicidad de todo ser humano; sin embargo, queda la pregunta de si es posible encontrar la plenitud del Reino de Dios en esta existencia terrenal.

En el Evangelio de este domingo, María es ejemplo de diligencia y servicio: “va a prisa”, las necesidades no dan espera, la distancia no

es una excusa, las limitaciones humanas —está en cinta de seis meses— no la detienen; se requiere un gran esfuerzo, pero es más grande el deseo de servir, y en ese Espíritu de disposición y apertura, el cielo y la tierra se encuentran, no sólo en María, sino también entre Cristo aún no nacido y en Juan el Bautista, su precursor, también por nacer. La gloria de Dios se manifiesta en este encuentro que exalta el poder del Altísimo en lo humano, pero también en lo Divino; en lo inmediato, pero también en lo futuro; en la ayuda material, pero también en la espiritual; en lo práctico, pero también en lo místico.

La fe involucra todas las esferas y dimensiones de nuestra humanidad; creemos en el poder de un Dios que nos acompaña en nuestro diario vivir, que nos inspira y cuida, que nos anima a través de los triunfos y nos corrige para nuestro bien cuando las cosas no salen como lo esperábamos; un Dios que camina con nosotros y que actúa en nuestro favor en todo momento y en todas las circunstancias. Es por eso por lo que nuestro reto es descubrir su plan salvífico en todas las situaciones de nuestra historia. En Lucas leímos que el Señor derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; en efecto, deseamos ardientemente que el pobre, enfermo, oprimido y perseguido, obtenga bienestar, paz, salud, libertad, igualdad, entre otras bendiciones. Como bautizados, estamos llamados a sembrar semillas de justicia social para todos; sin embargo, la fe también tiene un profundo significado espiritual y un invaluable contenido trascendente que escapa a las limitaciones de nuestro entendimiento; es por eso que debemos aprender cada día a bajar la cabeza en oración cuando las realidades temporales de nuestro mundo nos sobrepasan y abruma, y aprender a colocarnos de rodillas ante el misterio de Dios-con-Nosotros.

Pretender encontrar la felicidad en medio de esta creación atravesada por el pecado, es mucho más utópico que esperar en las promesas de un mundo futuro más allá de nuestro tiempo y espacio; necesitamos confiar en que esta creación, ya redimida, será totalmente restaurada y glorificada en Cristo, cuando Él regrese; por eso, mientras esperamos, trabajamos incansablemente por hacer realidad ese Reino que, como Jesús nos enseñó, ya está en medio de nosotros, pero que muchas veces no manifestamos y no vemos aunque se nos revele en los

milagros de la vida diaria. Vivir cristianamente es un reto permanente en un mundo en el que los seres humanos centramos nuestra atención en nosotros mismos, en nuestros intereses particulares y en el deseo de éxito, reconocimiento, fama y poder.

La carta a los Hebreos, en la segunda lectura, nos muestra un Jesús que pone su vida en manos del Padre y al servicio de la humanidad para la construcción de una nueva creación; en Él se establece un nuevo pacto, sellado de manera imborrable con la entrega de su propia vida, no sólo en el pesebre de Belén o en el madero de la Cruz, sino en todas las dimensiones que implica un Dios hecho humano, que viene a buscar lo que se había perdido a causa del pecado; este nuevo pacto es eterno, comprende esta vida y la futura, hasta la eternidad.

El compendio de las Sagradas Escrituras cierra con un nuevo comienzo, en el libro del Apocalipsis, que compromete nuestra existencia a mantenernos en una nueva esperanza y a trabajar cada día por un mundo mejor sin perder de vista el cielo prometido: “Maranatha”, ¡Ven, Señor Jesús!

El Rvdo. Ricardo Antonio Betancur Ortiz, es Abogado de profesión y Presbítero en la Iglesia del Espíritu Santo de la ciudad de Soacha, en la República Colombia, donde ha ejercido el ministerio ordenado por los últimos 3 años, ha practicado la docencia en temas de Anglicanismo y estudio del Libro de Oración Común en el Centro de Estudios Teológicos de la Diócesis. Profesó votos monásticos Benedictinos de Obediencia, Estabilidad y Conversión de vida el 16 de octubre de 2020 y actualmente es el Prior de la Fraternidad Anglicana de San Benito.

Día de Navidad (I)

COLECTA

Oh Dios, que has hecho resplandecer esta noche santa con la claridad de la Luz verdadera: Concede a los que hemos conocido el misterio de esa Luz en la tierra, que también nos gocemos de él plenamente, en el cielo; donde vive y reina contigo y el Espíritu santo, un solo Dios, en gloria eterna. Amén.

ISAÍAS 9:2-7; SALMO 96; TITO 2:11-14; SAN LUCAS 2:1-14 (15-20)

DÍA DE NAVIDAD

Escrito por el Rvdo. Gonzalo Rendón O.

“El pueblo que andaba en la oscuridad vio una gran luz; una luz ha brillado para los que vivían en tinieblas”. Hermosa expresión que escuchamos hoy en la primera lectura y que sirve para describir el paso de un período de opresión y muerte a una época de paz y de tranquilidad. Nos encontramos en el siglo VIII a.C., las tropas del imperio asirio han penetrado a territorio israelita sembrando el pánico, desesperación, dolor y muerte; su avance arrasador amenaza con llegar hasta la capital de Judá, Jerusalén; el terror y el miedo reinan por doquier. El ejército invasor llega muy cerca de la capital, “sus botas suenan con estrépito”; la caída de Jerusalén es inminente. Sin embargo, en el momento definitivo, algo extraño sucede. Las tropas asirias reciben la orden de retirada y rápidamente regresan a su país; el reino de Judá, y su capital Jerusalén, se han salvado del poder destructor de los asirios, al menos físicamente, porque de todos modos el pequeño reino del Sur ha sido sometido y obligado a pagar tributo al amo de turno.

Tal vez sea éste el trasfondo histórico que inspira al profeta para animar a su pueblo; el terror, la desesperación, la oscuridad han pasado y ahora sólo queda celebrar y alegrarse como corresponde. Muy

probablemente este acontecimiento, la retirada de las tropas enemigas, coincide con el nacimiento del hijo del rey, aquel que anunciaba Isaías en 7:14-16, lo cual es signo para el profeta de tiempos nuevos y mejores.

Cada nacimiento de un posible heredero al trono era visto como un gran acontecimiento y como un motivo cierto para mantener la esperanza en una definitiva intervención divina. Ningún rey en Israel, ni en el Norte ni en el Sur, había sido capaz de realizar un proyecto efectivo y concreto de paz y de justicia; de ahí que, al nacer un heredero, se tuviera la firme esperanza de que éste sí realizaría aquello que el pueblo anhelaba; por eso desde el momento en que nace se le conceden virtudes y atributos como los que escuchamos hoy: “consejero maravilloso”, “guerrero divino”, “jefe perpetuo”, “príncipe de la paz”; su reinado, dice el profeta, “no tendrá fin” y “consolidará su eternidad sobre los cimientos de la justicia y del derecho”. Eso era lo que se esperaba de cada nuevo rey en el país de Jesús.

En la realidad histórica vivida durante el período de la monarquía de Israel, ni estas virtudes, ni estos atributos, llegaron a ser realidad en ningún rey. Sin embargo, siempre estuvo ahí la profecía como una forma de mantener y preservar la esperanza. Cuando ya no hubo más monarquía, cuando terminó la sucesión de reyes, estas profecías comenzaron a tomar un nuevo sentido: ese rey “perfecto” tendrá que ser un enviado directo de Dios. Al llegar el período del Nuevo Testamento, estas profecías son el material perfecto para interpretar la vida y misión de Jesús de Nazaret y, así, dar por cumplidas y realizadas en él todas las promesas y las esperanzas antiguas.

Por eso, pues, podemos decir que las promesas divinas, anunciadas y proclamadas tantas veces por los profetas, se han cumplido en Jesús; y no a la manera como muchos esperaban, sino a la manera de Dios. El relato del nacimiento de Jesús, que nos narra el evangelista Lucas, está lleno de sorprendentes detalles que apuntan de algún modo a los presupuestos teológicos de toda su obra y que hoy siguen iluminando nuestra vida y nuestra fe.

En primer lugar, Lucas intenta narrar un hecho enmarcado en unas coordenadas temporales y espaciales para darle al acontecimiento ese carácter histórico. Para el evangelista es importante que la comunidad sienta que el Dios en quien creen ha irrumpido en la historia humana en un momento y lugar concretos. De pronto, para nosotros, pasa desapercibido este detalle, pero para los primeros destinatarios del Evangelio, y sobre todo en la mentalidad lucana, el elemento histórico era muy importante. Así, la fe de los primeros cristianos, no queda fundada sobre una idea abstracta de Dios; ellos no creen en un Dios ideal, pueden estar seguros de que su fe está basada en un Dios que ha irrumpido en la historia convirtiéndose en uno como todos, haciéndose humano como nosotros para elevar la humanidad caída.

En segundo lugar, Lucas describe la materialidad de los hechos subrayando algunos detalles que ayudan a entender que, a pesar de tratarse de la calidad de niño que nace, el Mesías, las circunstancias, son prácticamente infrahumanas. Primero, porque un decreto imperial ha obligado a toda la población a movilizarse a sus lugares de origen para hacerse censar, sin ninguna consideración por nadie; ése es el comportamiento típico del imperio: el emperador manda y no hay apelación para nadie. Y, en segundo lugar, porque a raíz de la movilización masiva de la población, María y José no encuentran lugar en la posada, motivo por el cual María tiene que alumbrar en la gruta donde normalmente reposaban los animales domésticos.

Sería importante que tratemos de hacer un paralelo entre los cuidados y requerimientos que son necesarios hoy para un parto y las condiciones en que le toca dar a luz a María; ciertamente su hijo nace en condiciones infrahumanas. ¿Cuántas mujeres hoy pueden contar con una asistencia mínima durante su embarazo? ¿Cuántas de ellas pueden alumbrar dignamente en un lugar higiénico y seguro? ¿Cuántos niños y niñas nacen hoy también en condiciones infrahumanas? ¿Cuáles son los motivos, cuál es el “decreto imperial”, que no permite unas condiciones dignas para su nacimiento?

Hay que superar la interpretación tradicional, “romanticoides”, de que el Hijo de Dios “quiso” nacer en estas condiciones para dar ejemplo

de pobreza y no sé qué otras barbaridades más. Como toda madre, María tenía derecho y seguramente aspiraba a unas condiciones mínimas propias de su estado de gravidez; y, como todo niño, Jesús debía nacer en condiciones normales. Sin embargo, Lucas subraya esta coyuntura histórica que refleja unas condiciones de opresión y negación de derechos mínimos a las personas y a los que están por nacer, para anunciar que el niño que acaba de nacer tendrá que enfrentar esa realidad y que su futuro ministerio estará orientado a iluminar el camino que conduzca a la liberación de esas situaciones. No es casual que ya en este relato, este indefenso y tierno bebé, sea llamado por el evangelista “Salvador”, “Mesías” y “Señor”.

Y aquí viene otro elemento que el evangelista quiere subrayar: los destinatarios del primer anuncio del nacimiento, de quien es -para Lucas- el que concentra y encarna las profecías del Antiguo Testamento y las promesas divinas de enviar a un salvador. En efecto, los destinatarios de esta gran noticia no son otros que unos humildes pastores que pasaban la noche en el campo cuidando sus ovejas.

Si la decisión divina es involucrar a la humanidad en su plan salvífico a través de lo más humilde y desconocido de la sociedad como lo era María de Nazaret, tal decisión tiene su culmen en el anuncio del nacimiento de su Hijo. Podríamos esperar que esta gran noticia empezara a difundirse entre los grandes y poderosos del momento; sin embargo, en consonancia con el anuncio de la Encarnación, los destinatarios del anuncio del nacimiento son los más humildes y sencillos, los que por razones de su oficio -eran pastores- ni siquiera tenían acceso al sistema religioso vigente y, por tanto, no contaban para nadie.

Sería conveniente que, sobreponiéndonos a la forma comercial y mercantilista como se celebra hoy la Navidad, volvamos a llamar la atención sobre la necesidad de centrarnos en el humilde pesebre donde ha nacido el Hijo de Dios. Con profundo respeto, y en actitud de adoración, abramos nuestra mente y corazón al gran misterio de Dios hecho hombre; consideremos la grandeza de Dios, su infinita bondad y misericordia, pero más aún, su inmenso amor al querer irrumpir en nuestra vida haciéndose uno como nosotros, asumiendo aun las

condiciones menos dignas para su nacimiento, pero con una finalidad: humanizar todo aquello que no hace digna la vida humana.

Rescatemos pues, el auténtico espíritu de la Navidad. Esta noche los cristianos nos asombramos ante el misterio, pero hagamos que ese asombro perdure siempre, que nuestra fe y compromiso cristianos estén orientados siempre hacia la actualización permanente de este gran acontecimiento: Dios hecho hombre, hecho criatura. Tal vez ninguna religión actual puede dirigirse al Dios en quien creen, con tanta seguridad y certeza, puesto que en ninguna de ellas se ha manifestado tan materialmente la cercanía de su Dios. Nosotros, los que profesamos la religión cristiana, hemos experimentado la irrupción de Dios en nuestra historia a través de su Hijo, Jesús; pero nos falta dar ese salto hacia las implicaciones que tiene la decisión divina de hacerse semejante a nosotros.

Ese Niño, al que cantamos esta noche y cuyo nacimiento alegra nuestras vidas, es uno como cualquiera de nosotros y nos invita a que, en la realidad que vivimos, sepamos descubrir cuál es el sentido de nuestra existencia, escuchar en la voz de los más débiles y marginados de la sociedad el llamado a la solidaridad y el servicio, así como él mismo lo hizo.

Para todos y todas una ¡FELIZ NAVIDAD! Y que, de verdad, ésta sea la más hermosa Navidad si nos dejamos tocar el corazón por aquel niño envuelto en pañales que partió en dos la historia de la humanidad, nuestra propia historia.

El Rvdo. Gonzalo Rendón es clérigo de la Iglesia Episcopal de Colombia, Comunión Anglicana. Presta sus servicios en la Parroquia Santa María del Monte Carmelo, en la Costa Norte de Colombia.

Sermones de Adviento y Navidad 2021:
Una ofrenda de los Sermones que Iluminan de la Iglesia Episcopal

Para encontrar la Iglesia Episcopal más cercana, visite Episcopal Asset Map en episcopalassetmap.org.

Visite Sermones que iluminan en sermonsthatwork.com para encontrar sermones, estudios bíblicos, encartes para boletines y otros recursos gratuitos para su congregación.

Para obtener más información, póngase en contacto con:
Christopher Sikkema
Gerente de Proyecto
Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal
csikkema@episcopalchurch.org

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Second Avenue, Nueva York, N.Y.10017

© 2021 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.